

lagunas, que ahora, en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las *Lagunas de Ruidera*; las siete, son de los Reyes de España; y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima, que llaman de *San Juan*. Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un rio llamado de su mismo nombre, el cual, cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale, y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que agora os digo, ¡oh primo mio! os lo he dicho muchas veces; y, como no me respondeis, imagino que no me dais crédito, ó no me oís; de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed, que teneis aquí, en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo), aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sábio Merlin; aquel Don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los pasados siglos, ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados; que las grandes hazañas, para los grandes hombres están guardadas.—Y, cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte, con voz desmayada y baja; cuando así no sea, ¡oh primo! digo, paciencia y barajar;—y, volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio, sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví, por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejijunta; la nariz, algo chata; la boca, grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesinos, cómo toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual, con sus doncellas, cuatro

días en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo; y que, si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa, las malas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras, de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque há muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazon por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su malogrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio, la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo.—Cepos quedos, dije yo entonces, señor Don Montesinos: cuente vuesa merced su historia, como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa; y así, no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí.—Á lo que él me respondió: Señor Don Quijote: perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo.—Con esta satisfacion que me dió el gran Montesinos, se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma.—Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.—No, Sancho amigo, respondió Don Quijote; no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien, que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.” Á esta sazón dijo el primo: “Yo no sé, señor Don Quijote, cómo vuesa merced, en tan poco espacio de tiempo como há que está allá bajo, haya visto tantas cosas, y hablado y respondido tanto.—¿Cuánto há que bajé? preguntó Don Quijote.—Poco mas de una hora, respondió Sancho.—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, porque allá me anocheceió y amanecié, y tornó á anochecer y á amanecer tres veces; de modo que, á mi cuenta, tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra.—Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho; que, como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá, lo que á nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres días con sus noches.—Así será, respondió Don Quijote.—Y ¿ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo.—No me he desayunado de bocado, respondió Don Quijote, ni aun he tenido hambre, ni por pensamiento.—Y los encantados ¿comen? dijo el primo.—No comen, respondió Don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les

crecen las uñas, las barbas y los cabellos.—Y ¿duermen, por ventura, los encantados, señor? preguntó Sancho.—No, por cierto, respondió Don Quijote; á lo menos, en estos tres dias que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.—Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de *dime con quién andas, decirte hé quién eres*: ¡ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes! mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que, de todo cuanto aquí ha dicho, ¡lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna!—¿Cómo no! dijo el primo; pues ¿habia de mentir el señor Don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras?—Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho.—Si no, ¿qué crees? le preguntó Don Quijote.—Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda.—Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó Don Quijote; pero no es así, porque, lo que he contado, lo ví por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora, cómo, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales, despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y, apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos, si las conocia: respondiome, que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales, encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos, encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y su dueña Quinaña escanciando el vino á Lanzarote, cuando de Bretaña vino.” Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio, ó morir de risa; que, como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio, y loco de todo punto; y así, le dijo: “¡En mala coyuntura, y en peor sazón y en aciago dia, bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto! Bien se estaba vuesa merced acá arriba, con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.—Como te conozco, Sancho, respondió Don Quijote, no hago caso de tus palabras.—Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las tuyas no se

corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?—Conocila, respondió Don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traia cuando tú me la mostraste. Hábléla, pero no me respondió palabra; antes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque seria en balde; y mas, porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asimismo, que, andando el tiempo, se me daría aviso cómo habian de ser desencantados él, y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió, de las que allí ví y noté, fué que, estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y, llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vuesa merced, cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aquí traigo, de cotonia nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad.—Suspendiome y admirome el tal recado; y, volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?—Á lo que él me respondió: Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por todo se extiende, y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envia á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto.—Prenda, no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales:—los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije: Decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos; y que le hago saber, que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion; y que le suplico, cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien, que, cuando menos se lo piense, oirá decir cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marqués de Mántua, de vengar á su sobrino Valdivinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué, de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla.—Todo eso, y mas, debe vuesa merced á mi señora, me respondió